

Santiago Posteguillo

La prisión

El nuevo preso entró custodiado por dos de los porteros de la cárcel pública de Sevilla. Corría el año del Señor de 1597 y en aquella ciudad del sur del reino hacía un calor asfixiante. Pero ésa no era, ni de lejos, la mayor preocupación de aquel preso, entrado en años, marcado por el tiempo y la guerra. Miraba atento a su alrededor. No era tampoco aquél su primer cautiverio y sabía que nunca se andaba con suficiente tiento en una cárcel. Tanto andar sirviendo al rey y así se lo pagaban.

—¡Entrad de una vez! —le espetó uno de los porteros con desdén.

El preso cruzó la puerta que llamaban del Oro y luego la segunda puerta, esta de reja, que llamaban puerta de Hierro. Sin embargo, resopló de alivio cuando comprobó que no le obligaron a cruzar la tercera y última de las puertas de aquella terrible prisión, la de la Galera Vieja. Mal asunto que te metieran allí, con los prisioneros de la peor calaña: desertores, salteadores y ladrones de la peor estofa con mucha sangre derramada sin orden ni concierto.

Llegados al patio de la fuente, le indicaron que subiera por la escalera. El reo recién llegado obedeció disciplinado. No era momento de rebeldías absurdas. Tampoco es que estuviera resignado a ese destino, pero pensaba luchar contra aquel cautiverio de otra forma. Al poco, porteros y preso se encontraron en una galería de la planta primera con pequeñas celdas de ventanas aún más pequeñas. Todo allí era agobiante. El calor sevillano parecía que se te metía en las entrañas y allí se quedaba. Sudaba por todas partes.

—Ahí. —Y le empujaron con tal fuerza que trastabilló y dio con sus huesos en el duro suelo de aquella prisión.

—¡Voto a Dios! —dijo al caer, pero se controló y no añadió más.

El portero de la cárcel le miraba como quien espera una provocación para tener una buena excusa con la que descalabrarle.

—Uno nuevo —oyó el recién llegado entonces que decía alguien a su espalda. Se volvió y vio que un preso anciano le miraba sonriendo con una boca desdentada y sucia—. Tranquilo. Aquí no se está tan mal. Allí fuera —y señaló a la minúscula ventana de la celda— hay gente mucho peor que la que hay aquí dentro.

El preso nuevo no respondió, aunque pensó que mucho había de cierto en aquella reflexión. Se levantó y se volvió raudo a la puerta para gritar una petición a los porteros que le habían traído y que ya se alejaban. No era queja sobre el trato recibido. Era asunto de más envidia.

—¡Recado de escribir! —Y como fuera que se volvieron con asco, el preso, que de argucias y cautiverios entendía bien, mostró en su mano varias monedas a la par que insistía en su ruego—. ¡Recado de escribir! ¡Háganme esa merced!

(...)

Los porteros no respondieron, pero se la hicieron, porque el dinero canta y abre caminos en todas partes, pero más que en ningún sitio en las cárceles, en las de antes y en las de ahora.

Llegó entonces papel, una pluma y algo de tinta para escribir. El preso anciano que había hablado de la maldad de los de fuera vio cómo el nuevo reo tomaba el material que le habían traído para escribir y cómo se afanaba en redactar lo que parecía una carta, de muchas palabras juntas para lo que él tenía acostumbrado ver en otros presos. El reo nuevo, al fin, entregó su carta a uno de aquellos porteros siempre mal encarados.

—Muchos son los que escriben rogando perdón a los jueces y pocos los que lo reciben —dijo el preso anciano.

—Lo sé —respondió el preso nuevo—. Pero yo he escrito al rey.

—¡Al rey! ¡Ja, ja,ja! —se desternilló el anciano ante lo absurdo del destinatario, pero pronto calló.

En el fondo, aquel preso nuevo le había impresionado: o estaba loco o se consideraba alguien cuyo destino podía ser de interés para el mismísimo rey.

(...)

Pasaban los días y seguía sin recibir respuesta a su carta. La rutina carcelaria empezó a tomar acomodo en su persona, junto con la suciedad y el tedio y el calor: los

martes venía el asistente con sus tenientes para ver a los presos que habían entrado nuevos desde el sábado; los jueves volvía el asistente para examinar las causas de los presos que llevaban más tiempo a cargo de la justicia; y, por fin, los sábados venían los oidores que escuchaban quejas y reclamaciones de los presos, esto es, si se les untaba convenientemente con monedas que hubieran conseguido los reos por los más diferentes y siempre peligrosos medios. A estos últimos, los oidores, recurrió en varias ocasiones nuestro preso, pero sin grandes logros.

(...)

Nuestro preso se armó de la paciencia infinita del soldado en las largas campañas de guerra y, al fin, una mañana, pidió de nuevo recado de escribir.

—¿Más cartas al rey?

—No. El rey responderá. Hay que darle tiempo.

El preso viejo se acercó y miró a aquel veterano de guerra que se afanaba en sostener bien el papel que le habían traído con un muñón que tenía por toda mano en el brazo izquierdo.

—Es herida de guerra, ¿cierto? —indagó el preso viejo con curiosidad infinita.

—De guerra es. Sí —dijo el preso nuevo sin levantar la mirada. El otro intentó discernir la escritura, pero a penas sabía leer y se volvió a su jerdón.

El preso nuevo llevaba días con una idea en la cabeza, con una historia de esas de... novela. Tenía que distraerse o se volvería loco.

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...», empezó con decisión, y con decisión siguió un par de horas. Hasta que se le acabó la tinta y el sol dejó de iluminar bien.

Ahora esa misma cárcel sevillana tiene una placa, justo en la esquina de la calle Sierpes con Francisco Bruna, que reza: «En el recinto de esta casa, antes cárcel real, estuvo preso (1597-1602) Miguel de Cervantes Saavedra, y aquí se engendró para asombro y delicia del mundo *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. La Real Academia Sevillana de las Buenas Letras acordó perpetuar este glorioso recuerdo, año de MCMLXV.» No me queda claro qué de «glorioso» tuvo aquel encierro para el bueno de Cervantes. He contado hoy día hasta más de veinte placas en honor a Cervantes por toda

Sevilla. Y si contáramos todas las de España, no quiero ni pensarlo. Hasta tenemos un premio de las letras con su nombre y un instituto de promoción del español también. Sí, ahora sí, pero aquel 1597 lo metimos en la cárcel. Así somos.

Źródło: Santiago Posteguillo, *La noche en que Frankenstein leyó el Quijote*, Barcelona, Planeta, str. 45-52, fragment.